

Rafael Spregelburd

ESTADO PERMANENTE

**Y Europa descubrió la crisis. ¿Qué exportan las culturas periféricas?
¿Soluciones a la crisis, o apenas bálsamos para consolarlas?**

Europa ha caído en crisis. Y con ella, claro, el mundo entero está en crisis. No es la primera vez que –dada mi periférica condición de argentino– se me pide que traiga algo así como noticias del futuro cercano. Como la crisis argentina del 2001 se parece mucho a ésta –tan preanunciada– del mundo central, la ilusión dicta que tal vez nosotros, argentinos, podamos hacer memoria y recordar las etapas del Vía Crucis hacia las que se encamina Europa. Tranquilos: es una ilusión. Así como la palabra “amor” cambia sustancialmente de significado dependiendo del cómo, del quién y del cuándo, la palabra “crisis” –que se aplica tanto a la Argentina del 2001 como a la Europa del 2011– es insuficiente para englobar ambas experiencias particulares.

¿Cuándo fue que Europa se blindó tanto que olvidó que la crisis es permanente? Con sus Guerras Mundiales a la vuelta de la esquina, más todas las guerras que seguirían, con el eterno conflicto europeo por la identidad de las naciones y sus migrantes, con la vieja novedad terrorista y el auge de extremismos medievales, ¿cómo es que Europa decide hablar de crisis sólo cuando ésta alcanza particularmente a las entidades financieras? Es que los bancos –que son rescatados antes que la gente– cumplen una función simbólica análoga a la de los museos en el arte: no en vano la idea de museo (de acopio de imágenes para regular el acceso al poder de quienes las posean) surge en los grandes centros urbanos de Flandes y Europa central en el mismo momento que la idea de acuñar dinero billete, la idea del banco. Si la ciudad se quema, ¿hacia dónde correrán al rescate primero los bomberos? ¿Al Museo Nacional de Bellas Artes o al asentamiento “ilegal” de sin tierras en el Parque Indoamericano?

La crisis europea puede ser real, nadie lo niega. Pero recordado de contenido sim-

bólico, sus explicaciones adquieren tintes religiosos y distorsivos. La idea judeocristiana de la culpa, el castigo de la avaricia, la amenaza revolucionaria que anida en la ira, etc., son interpretaciones simbólicas y culturales para situaciones matemáticas que se han ido de control. La brecha entre los bienes reales que pueblan la Tierra (alimentos, edificios, herramientas) y los bienes ficticios que la superpueblan (títulos, billetes, acciones) ha llegado a su límite natural. Ésta es la verdadera cara de la crisis. Los poderes que rigen las inestabilidades de nuestro universo pancapitalista generan una gran cantidad de símbolos de humo, suficientes como para seguir hablando de crisis, pero recordado de contenido sim-

Para la Europa central, o para España, Grecia o Italia, que despiertan de un breve y dulce letargo, la crisis se presenta ahora como “novedad”. Y también la idea de que los países periféricos que han entendido la crisis como “permanencia” podrán aportar algunas claves. Yo, en mi periferia, no tengo ninguna clave de importancia. Pero ¿hubo acaso alguna vez países donde el teatro no fuera la expresión de una crisis? Sospecho algo muy elemental: hay culturas para las que el teatro a veces no es representación de un tiempo de crisis. ¿Cómo será eso? ¿De qué cosas hablará esa representación que no ocurre en tensión crítica? ¿Del bienestar? ¿De la profecía de la humanidad? ¿De la



sulta tan facilista como cómplice. En todo caso deberíamos asumir que no sabemos qué quiere decir “crisis”. Hoy por hoy, la palabra parece ser exclusiva del ámbito de la economía. La vida de las personas está en mano de los mercados. Cuando esto se hizo evidente en Buenos Aires en 2001, ocurrió que las personas comenzaron a indagar qué otros aspectos de sus vidas (que no fueran el exclusivamente económico) valía la pena redescubrir. La vida familiar o la solidaridad entre vecinos siguen un camino parecido al de las películas berretas de Hollywood sobre ataques alienígenas o hecatombes naturales: la comprensión de que no estamos solos frente a un despido en masa, o frente al quiebre del sistema de educación pública, o frente a la indignación que produce ver cómo los privilegiados de siempre mantienen sus prerrogativas mientras el mundo se disuelve. Claro que hay una enorme diferencia de mandato entre un ataque alienígena o erupción volcánica (de causas catastróficas) y el fracaso anunciado de un sistema enfermo (de causas trágicas). Uno está regido por la lógica de la resignación y la beneficencia (la caridad); el otro por el de la movilización y la ira (la justicia).

De la representación del estado de crisis que se da en el teatro, digamos que hasta hace quince minutos podíamos afirmar que existía en Buenos Aires un teatro escindido de los sistemas de producción de mercancías, no financiado por empresas ni Estados, no redituable. Digo quince minutos porque sospecho que esto, que nutrió de nueva esperanza a la actividad en esta década, ya no es posible cuando la crisis se estabiliza y se asienta. El teatro de la crisis necesita siempre de una nueva explosión para dejar de parecerse a sí mismo. En el fulgor de la crisis, todas las cosas suelen cambiar tan rápidamente que los testimonios que se pretenden dejar de estos tiempos casi siempre son más parecidos al boceto que a la obra. Y tal vez sea ésta también una de

“Todo”, de Rafael Spregelburd
Escenificación del grupo teatral El Patrón
Vázquez, Buenos Aires, 2009

perenne? ¿De la metafísica? ¿Será ésta la diferencia, siempre perseguida y nunca nombrada, entre el teatro argentino y el de los otros modelos que hemos heredado (pero que cuestionamos como ajenos, como imperiales)? Aquí todo intento de representación obedece a la tácita obligación de dar cuenta del malestar, de los evidentes fracasos del proyecto humano, de lo transitorio, de la vejez de lo moderno, de la utopía negativa, del desastre que nos espera. Me pregunto si será característica del arte de la representación en sí, o si simplemente es porque aquí hemos vivido siempre en crisis.

El viejo proverbio oriental según el

las grandes lecciones del teatro argentino: la “obra” (asociable a la mercancía, acumulable, vendible, redituable) empezó a resultar sospechosa; mientras que el “boceto” (abierto, provisorio, inacabado, invendible) comenzó a ser un reflejo más fiel de los tiempos que corren. Uno termina por aprender que no hay nada de malo en esto. En todo caso, la “obra” es un producto más de un sistema que siempre se pretende cuestionar, mientras que el “boceto” –por ser provisorio y seguir la velocidad impulsiva del trazo– empieza a adquirir una dignidad demencial. ¿Cuánto tiempo puede durar esta valoración del trazo frente a la escritura, del impulso frente al plan organizado? Nadie lo sabe. Ahora mismo, revisando diez años de teatro en crisis, los creadores de Buenos Aires suelen reclamar más precisión, más pericia, más reflexión, más madurez, más compromiso, ¡pero sin dejar de sostener la ligera presunción del boceto! El teatro de la crisis despierta también de su propio letargo y trata de aferrarse a algo, alguna raíz, alguna saliente en el terreno que permita afirmarse en medio del huracán del tiempo. Es una locura. Incluso se pretende (desde los Centros) que ése es el tipo de teatro que las excolonias deben exportar.

¿Qué exportan las culturas periféricas? ¿Soluciones a la crisis, o apenas bálsamos para consolarlas? Los modos de producción argentinos (caracterizados por su economía de recursos materiales y su derroche de recursos humanos y creativos) parecen ofrecerse como amables modelos. Esto, que podría afirmar algo de nuestra identidad, en realidad nos enoja un poco. Si alguna vez los argentinos soñábamos con un modelo de producción alemán (donde el Estado está a la vanguardia) o al menos uno español (con fuertes subsidios a la producción particular), la aceptación de la crisis como rasgo permanente pone fin a la ilusión de un modo de hacer teatro que fuera más redituable y que permitiera a sus hacendados perdurar. Pero perdurar no parece ser posible cuando alrededor reina el caos. Y en cualquier caso, la mirada más nihilista sugiere que el hombre y sus valores no